

«Qué difícil es matar a los muertos, hacerlos desaparecer...
Cuántas veces lo habré intentado yo...
Qué sencillo sería todo si no fuera así».
Almas grises, Philippe Claudel.

I

LA MUERTE DE SOLEDAD

Cangas del Narcea, verano de 1967

Esteban cruza el puente a zancadas con el rostro enrojecido y sudoroso. Todavía oye a su espalda las risas de sus amigos. Está contento, es el primer día de vacaciones y ha pasado la tarde entera fuera de casa jugando por los campos cercanos al río. Lleva los zapatos con un centímetro de barro en las suelas y sabe que le va a caer una buena reprimenda, tanto por eso como por llegar tarde a cenar, pero la diversión ha valido la pena.

Sin embargo, su alegría desaparece cuando, a pocos metros de su casa, lo paralizan unos gritos desgarradores. Son los lamentos desesperados de su madre. Nunca la ha oído chillar de una forma tan visceral e inhumana. Continúa con paso mecánico hasta alcanzar el portón de madera del viejo caserón de piedra familiar que, de repente, se le antoja el más triste de los panteones.

No sabe por qué, pero lo sabe.

Una verdad terrible le sacude la mente como solo lo hacen las certezas inexplicables.

Es la intuición de la muerte.

No se trata de su abuela, ni de su padre; esos lamentos no responden a una desgracia ajena. Es la desgracia, con mayúsculas.

Un frío hiriente le atraviesa las costillas y una manita helada lo invita a franquear la puerta.

El pasillo está en penumbra y huele mal. El hedor se le clava en lo más profundo de la garganta, lo reconoce enseguida y le genera una arcada. Las suelas de los zapatos le resbalan sobre el reguero de vómito que lo conduce como una pista fúnebre hasta

los sollozos. Al fondo del pasillo, bajo el brillo de una luz obscura para tanta desolación, Esteban contempla, desde el quicio de la puerta, la expresión horriblemente estática y desencajada de su hermana Soledad.

Acaba de ocurrir. La niña todavía está bañada en sudor y vómito, y aún tiene los ojos abiertos, vidriosos, con una espantosa expresión de sorpresa, como si hasta en su último aliento hubiera creído que la muerte no se saldría con la suya.

Al lado de la cama, en el suelo, está su madre, arrodillada, con la cabeza desplomada sobre la almohada de su hija. Parece que todavía la esté consolando. Musita palabras que no se entienden y que Esteban jamás preguntará.

En el suelo, al lado de la cama, un ramito de flores de color violeta. Un ramito que parece de jacintos.

* * *

Entrada la madrugada, Esteban se levanta de la cama. No puede dormir. Nadie le ha explicado nada salvo el terrible hecho de la muerte. No ha cenado, nadie se lo ha ofrecido, pero tampoco tiene apetito. Se encerró en la habitación para no saber ni ver. Después del trasiego, llegaron los lloros apagados en la habitación de sus padres, y desde hace unos minutos, el silencio.

Sale a hurtadillas de su habitación y, como un ladrón, se acerca a la de su hermana alumbrándose con una linterna.

Soledad está distinta, ahora parece dormida. La han lavado y ya no tiene el rostro desencajado ni aquella espeluznante expresión de sorpresa en su mirada. Tiene los ojos cerrados y la boca muy pálida. Le han puesto el vestido de la comunión, que todavía le sirve, y una corona de flores sobre la frente. Alguien, seguramente su madre, le ha colocado el pelo extendido sobre la almohada; unos rizos cobrizos que la envuelven como si fueran haces de luz. Está preciosa.

Se acerca más para mirar con deleite la boca de su hermana y no encuentra rastro de aquellos labios rojos que lamió tantas veces diciéndole que era un juego. Aproxima su nariz a la suya y le sorprende la ausencia de aquel aire calentito de siempre. La huele y no percibe olor alguno. Echa de menos el calor de la punta de su lengua cuando se une con la suya. Echa de menos la piel suave de sus manitas, la ligereza de sus dedos cuando los llevaba a su cara para que lo acariciase. Y sobre todo, desea volver a ver aquellas pequeñas protuberancias que empezaban a marcársele bajo los vestidos y que alguna vez palpó entre juegos o cuando le hacía cosquillas. Todavía recuerda una mañana, durante el desayuno, cuando pudo vérselas entre los tirantes de una falda de peto que la niña se puso y que su madre enseguida le obligó a quitarse. «Qué tonta eres, hija. Si te pones estas cosas, debes llevar una camiseta debajo, que los hombres son muy malos y les gusta mirar a las niñas». No pudo apartar la mirada de aquellos pequeños botones y su madre le dio un manotazo en la cabeza, «¿Y tú qué miras, marrano? Es tu hermana».

No es capaz de resistirse y, mientras le llena la cara de lágrimas, roza con sus labios los de Soledad, que están rígidos y helados.

No oye nada. Tiene los oídos bloqueados por el deseo y las lágrimas.

No oye cómo su padre se acerca por detrás, lo agarra de los hombros y de un tirón lo aparta de la cama, horrorizado.

A día de hoy, el deseo continúa intacto. Los remordimientos, también.

LA MUERTE DE ZOE CLIFFORD

Lunes, 15 de febrero de 2021

Centro de recreo Los bucaneros

Avda. Roma, Barcelona

Zoe Clifford toma aire para soplar con fuerza. Hubiera preferido que el pastel tuviese velitas individuales, como cada año, pero en el centro de recreo en el que está celebrando su fiesta de cumpleaños han colocado sobre el bizcocho esponjado a golpe de polvos de soda, de esos que se desmigán al primer corte, dos números enormes, el 1 y el 0.

Está rodeada de sus mejores amigas, tan solo dos. Y es que no ha tenido tiempo de hacer más en el escaso medio curso que lleva en el colegio nuevo. Echa en falta a sus amigos de Madrid. De hecho, añora profundamente a todos sus amigos: a los del colegio, los de su barrio y los de la academia de baile. Sobre todo, echa muchísimo en falta a sus abuelos; a su querida abuela Ana, a la que adora, y a su abuelo James, que murió pocos meses después de que abandonase Madrid.

Zoe cierra los ojos y se acerca demasiado a las velas. Nadie le sujeta el cabello y uno de sus rizos cobrizos resbala sobre su pequeño hombro y pasa a milímetros de una de las llamas. El mechón se salva de milagro. Ni siquiera ella se da cuenta, inmersa como está en pedir un deseo que sabe que la vida no le concederá. Lo malo de cumplir diez años es que ya empiezas a intuir lo que nunca sucederá por mucho que te concentres en ese deseo y soples con todas tus fuerzas. Cuando abre los ojos, la mesa ya está medio vacía. La mayoría de los niños de su clase se

ha acercado el tiempo justo para verla soplar las velas y se han distribuido de nuevo por la zona de juegos.

Los padres tampoco están. Han salido disparados hacia el otro lado del local en la que ha arrancado a sonar *You're the one that that I want*, de *Grease*. La organización del centro de recreo lo tiene claro; los niños se entretienen solos, a quien hay que distraer es a los padres, que al final son los que pagan y recomiendan la experiencia.

Un animador vocifera e invita a los adultos a subirse a dos amplios escalones situados frente a frente. En uno las madres, y los padres en el otro. Dos decenas de Sandy's y Danny's emulando el baile que los lleva a una época añorada, sin responsabilidades, sin hijos, sin pareja, o al menos sin pareja seria. Se ríen, bromean, ponen los ojos en blanco, pero la magia obra tal como está previsto —pura psicología social—: ellos sacan pecho y ellas, también. Empiezan los contoneos y los intercambios de miradas con quienes no debería ser y, como en aquellos pasatiempos en los que debes relacionar los conceptos de una columna con los de otra, se vislumbra alguna conexión incorrecta.

Vicky Soler, la madre de Zoe, recibe más de una de esas miradas incorrectas. Vicky es la novedad. Es la madre de la niña nueva, recién separada y una mujer muy atractiva. Ríe abiertamente, con una de esas risas que transmiten tanta sensualidad como un canto de sirena, irresistible, y siempre la remata con una caída de párpados que domina como nadie. Las otras madres la miran con prevención; muchas de ellas la detestan. Como era de esperar, más de un padre la observa con algo que va más allá de la admiración.

Mientras Vicky se contonea, un hombre, que acaba de entrar en el local, no le quita la vista de encima. Tiene los ojos inyectados en rabia. Es James Clifford.

James observa a Zoe, que está sola, arrimada a una mesa llena

de platos con trozos de tarta a medio comer, ganchitos y patatas fritas, bajo los que asoma una vulgar imagen de un oso con parche pirata.

Avanza con paso decidido y se acerca a la tarima sobre la que su mujer, porque todavía lo es, baila de forma frenética sacudiendo las caderas, se planta frente a ella, la agarra de una mano con excesiva fuerza, la atrae hacia sí y le recrimina su actitud a la vez que dirige la mirada hacia la niña.

Vicky le dice algo en voz baja al oído, se aparta con genio y le hace un gesto de claro reproche, negando con la cabeza de forma despectiva. Acto seguido, lo empuja y alguno de los padres se acerca para intervenir.

No hace falta, James se dirige a la salida del local seguido de los gritos de Vicky, que le rebotan en la espalda, pero antes se acerca a su hija, la besa y le da un abrazo.

Tres horas después, Zoe Clifford fallece, tras sufrir dos espantosas horas en las que se retuerce de dolor. La vida se le va entre vómitos y convulsiones.